

En esta sección recogemos, con motivo del XXV Aniversario de la Institución Cultural El Brocense, textos inéditos, expresamente aportados por sus autores para este número de *Alcántara*, de varios ganadores del prestigioso Premio Cáceres de Novela Corta, que cumple, en 2005, su trigésima convocatoria. Entre dichos premiados se encuentran: Bernardo Víctor Carande, que obtuvo el galardón en 1983 con su novela *De arribada*; Eduardo Mendicutti, ganador en 1984 con *Última conversación*; José Antonio Ramírez Lozano, premio Cáceres de Novela Corta en 1988 con *Pío*; Eugenio Fuentes Pulido, ganador en 1990 con *Las batallas de Breda*; Magdalena Álvarez Fernández, ganadora en 1993 con *El Altozano*; y Yolanda Izaola Anaya, penúltimo premio, el pasado año, con *Paisajes para evitar la noche*. Todos ellos constituyen un representativo elenco de más de dos décadas de premios. Asimismo, como el lector comprobará, algunos de los textos publicados se relacionan explícitamente con la correspondiente novela del autor ganadora del Premio Cáceres, en un ejercicio literario sugerente y enriquecedor; y, en fin, todos ellos corroboran las excelencias narrativas de sus creadores, algunos ya claramente reconocidos en el panorama literario contemporáneo. *N. del E.*

PALMERA AL HABLA

EDUARDO MENDICUTTI

Una ya no tiene el oído para modernidades.

Bueno, ni el oído ni todo lo demás. Hay que ver las sillas que han puesto en La Ibense, pordios, de diseño, dicen. Con una jumera como un piano la habrán diseñado. Es que te sientas y, como una tampoco tiene ya el pompis para moderneces, es como si a estas alturas le diese a servidora por meterse a Pinito del Oro, que en paz descanse, porque a mí me parece que Pinito murió, y si no murió da lo mismo, que descanse también, bien ganado lo tiene. El caso es que estaba yo en la terracita de la heladería, que ésa sí que la han dejado coqueta y agradable, la verdad, allí me encajé a merendar y a sacarle rendimiento a la operación de cataratas, que me la hicieron con láser y por lo privado, me la hizo el doctor Badanelli, el jovencito, ya una eminencia de oculista, igual que el abuelo y que el padre, y me costó un imperio la intervención, pero me dejó la vista como nueva, el mismo doctor me lo dijo, me dijo Palmera no va a salirte gratis como por la Seguridad Social, que allí también te lo harían divinamente porque tienen unos especialistas fabulosos, pero a saber cuándo te llega el turno, en cambio te vienes a mi clínica, yo te pongo la primera en la lista, te trato como a una reina, a cambio de una mínima parte de tus ahorritos, que en qué te los vas a gastar mejor que en ti y en tu salud y en tu gusto de verlo todo de maravilla, y ya verás como se te quedan los ojos igual que cuando tenías veinte años, y así se me han quedado, las cosas como son, bueno, por dentro, quiero decir, por fuera están enterraítos en arrugas de expresión, como se dice ahora, que estoy pensando en hacerme también una dermoestética completa, si reúno valor,

pero la visión la tengo de nuevo al cien por cien, qué gusto, y, ya digo, como hay que amortizar la factura, todas las tardes me siento yo en la terracita de La Ibense a ver el mandanguero callejero, sin que se me escape nada, y, sobre todo, a disfrutar del paso de los muchachos, que ya no tiene una edad para disfrutar de otra cosa que de seguirles con la mirada y retratarlos de la cabeza a los pies para que por lo menos las pestañas se me pongan eufóricas.

Total, que en ésas andaba yo, sin que se me escapara detalle del mocerío que pasaba por la plaza Cabildo, cuando me sonó el móvil. Rarísimo. El soniquete, quiero decir. Tan raro que pensé que era la alarma de un haiga o de la mercería de La Jartible, esa gachí es tan arremangada que se le encartó montar su tenderete de avíos de costura en el cogollito mismo del pueblo, donde antes estaba la papelería de Alicia, y no ha parado hasta conseguirlo, y encima le ha puesto una alarma antiatracos que parece la banda municipal. Pero no. Ni la alarma de un cochazo ni la de La Jartible. Era mi móvil, ya digo. Es nuevo, me lo he sacado por puntos y parece que tiene todo de todo, me daban otro de otra marca gratis total, pero la muchacha de la tienda me dijo mira, Palmera, pones veintinueve euros y te llevas este de la marca Samsung, buenísimo y con muchísimas prestaciones. A mí eso de las prestaciones me suena a las habilidades de catre de las niñas de Rosarito Pastor, que parece que eran el vicio ambulante las tres criaturas, y sin hacer distingos, igual les daba un arriero que el primogénito de un marqués, que las chiquillas serían fieras pero democráticas, y el caso que al final las tres hicieron unas bodas buenísimas y son ahora de misa y comunión diaria, yo no conozco un caso más despampanante de conversión, y por triplicado, como las instancias, pero a lo que iba, las prestaciones del móvil creo que son lo nunca visto y yo me dije, Palmera, ahora que vuelves a tener la vista de rechupete a lo mejor te pones al día en estos chismes, más liosos que un motor a reacción, y te entretienes. Pues nada. Mi vista, por recuperada que esté, tampoco se las apaña con las modernidades y en esto también me he quedado en las cuatro reglas: llamar, contestar, averiguar las llamadas perdidas y, ya en el colmo de la filigrana, leer los mensajes. Mandar mensajes todavía no sé, a ver si pongo un poquito de esmero y de perseverancia y lo consigo.

El caso es que sonó el móvil, y a mí me costó trabajo darme cuenta de que era la musiquilla de mi teléfono la que berreaba, hasta el punto de que un señor muy maqueado que se estaba poniendo ciego de bizcoletas en la mesita de al lado junto a la parienta me dijo Palmera, que me parece que es tu móvil, contesta, hombre. Contesté. Me llevó su tiempo,

pero contesté. Con mucho estilo, que lo moderno no tiene por qué estar reñido con la clase y con el buen gusto. Me llevé el Samsung a la oreja como si fuera la Greta Garbo hablando por teléfono con su maromillo en *La dama de las camelias* y dije: Palmera al habla.

Era Marcelo Díez, ese muchacho tan apañado que se ha hecho el director o lo que sea de los mariquitas y las bomberitas del pueblo, dicho sea sin ánimo de ofender, a mí es que me sale más natural y más simpático lo de mariquitas y bomberitas que lo de gays y lesbianas, no sé por qué son palabras que me suenan a marisco raro, cosas mías, espero que no se moleste nadie. Qué bonito, pordió. Quiero decir que da gusto ver a estos chiquillos y estas chiquillas viviendo lo suyo sin miramientos, sin taparse, sin acobardarse, sin disimular, no como antes, que había que ser muy suicida o muy artista, o manicura como un servidor, para ponerse el mundo por montera. Estos son estudiantes o funcionarios o profesores o tienen montado su bar o su tiendecita de Internet, y si están enamorados viven juntos sin apuro de ninguna clase, y hasta se cogen de la mano y se dan sus besos como las parejitas de toda la vida, y a algunos no se les nota nada, ni una plumita ni un puro ni nada de nada, a otros sí, la verdad, otros van dando el cante con ese desparpajo que teníamos algunos, sólo algunos, mientras muchos se escondían detrás de sus novias o de su señora y de sus niños y de sus fanfarronadas de machitos mujeriegos hasta la muerte. Las muchachas, menos, las muchachas han sido más sacrificadas, se conformaban con peinarse como catequistas y vestirse como rejoneadoras pobretonas, y tenían amigas de su cuerda y se iban juntas al cine o de excursión a la otra banda, a la playa del Coto, y nadie parecía echar más cuenta de la corriente. Ahora, no. Ahora ellos y ellas van como les da la gana, y hablan de todo sin morderse la lengua, y exigen a gritos si hace falta lo que tienen que exigir, y le plantan cara con dos cojones al patoso o al desgraciado que les falte al respeto. Qué bien, coño, qué bien.

Bueno pues va Marcelo Díez y me dice, con mucha bulla, porque ese muchacho se atropella una barbaridad cuando habla, me dice Palmera tengo una noticia buenísima, eso sí, todavía no se puede decir nada, me refiero por ahí, es confidencial hasta que sea oficial, no sé si me explico, pero es buenísima, lo hemos conseguido, Palmera, en el pleno municipal de hoy por fin se ha aprobado ponerle tu nombre a una calle, ¿estás contento?

Estaba mudo, de pronto. Me quedé sin habla, no me lo podía creer. Yo sabía que lo habían pedido, que el colectivo, como decía Marcelo cuando se refería a sus niños y a sus niñas de la acerita de enfrente, que

ha sido una acera con muchos socavones y muchos tropiezos, pero que ahora va a ser la más bonita y más alegre del mundo, yo sabía, digo, que se habían metido en una campaña para conseguir que una calle del pueblo llevara mi nombre, porque yo era un referente de una sociedad y de una época, decía Marcelo, que hablaba como los políticos, y me lo dijeron y me pidieron permiso para seguir adelante y yo al principio les dije que me parecía una exageración y que a más de uno iba a darle un síncope. Pero Marcelo me dijo que ni hablar, que yo era muy querido, que mucha gente se alegraría un montón, y que si algunos se ponían en contra para esos estaban ellos, el colectivo, y el grupo municipal de Izquierda Unida, y los socialistas, y seguramente hasta alguno del PP, que estaba chupado. Luego, resultó que no. Porque yo al final dije que sí, que bueno, que en el pueblo había ya cada fantoche y cada jóioporculo con una calle con su nombre, y no me refiero a Eduardo Mendicutti, el escritor, porque él se merece de sobra que le hayan dado su nombre a una plaza, pero lo de otros es para coger un berrenchín, la verdad, y en cambio la gente sencilla, la gente del pueblo, los trabajadores, y más un trabajador de tronío como un servidor, o una servidora, también teníamos derecho a calle a plaza o a lo que fuera, aunque fuese un callejoncito, así que, por mí, adelante. Ya digo, no fue tan fácil, los del PP empezaron a poner pegas y Marcelo dijo que, si había que echar mano del chantaje y sacarle a más de uno los colores, sacarlo a trompicones del armario, dijo él, o sea, soltarle a la cara el secreto mejor guardado, por ellos no iba a quedar. Al final, me dijo Marcelo, exagerado de satisfacción, todo había salido bien. Habían recogido en el pueblo más de tres mil firmas para apoyarme y, me dijo, la primera de todas la de Eduardo Mendicutti, el escritor, ya sabes.

Eduardo Mendicutti. El escritor. El hijo de Lucía Rodríguez. Nieto de Don Benito, el de la manzanilla Barbiana. Cuando tenía 18 ó 19 años quitaba el sentido. Se daba unos paseos larguísimos por la playa, siempre solito, con un bañador amarillo que le sentaba de morir, que me acuerdo como si lo estuviera viendo, con lo bien que he visto siempre hasta que me entraron las cataratas, y lo requetebién que veo ahora, y algunas veces, cuando el niño pasaba por delante de donde yo estaba tomando el sol con Parrita y con La Ojales y La Perfumes y con algunas otras, le cantaba *Torito bravo, ay, no me mires de esa manera*, y él no me miraba, ni de esa manera ni de ninguna, pero sonreía. Luego se ha convertido en una personalidad, es la mar de famoso, sale por la tele en el programa de la Campos, que da gusto oírle y es un orgullo para el pueblo, y ha publicado muchísimos libros, y en algunos me saca a mí. En el primer libro en el que me sacó se llama *Última conversación* y es una novela rarísima, escrita toda de corrido, sin un punto y aparte, pero le die-

ron un premio y todo, creo que en Cáceres, y cuenta cosas del pueblo y la gente de por aquí, que yo los reconocía a todos, y eso que les cambió los nombres, a mí también, a mí en la novela me llama Cigala, que es un nombre que no me gusta mucho, la verdad, no sé por qué no me llamó Palmera, yo no me habría enfadado, y eso que ni me pidió permiso ni nada, pero, menos el nombre, todo me lo sacó tal cual, por aquí lo tengo, decía *Cigala... el manicura, siempre de casa en casa, siempre entre manos de mujer, siempre dicharachero e ingenioso, con su voz imprecisa y sus continuas exclamaciones, sus continuas malicias, afeminadas y penetrantes*. Por lo visto el muchacho me veía así.. Lo que no sé, ya digo, es por qué no me llamó Palmera, igual que en *El palomo cojo*, que también salgo, en la novela, en la película que hicieron no, en la película suprimieron el personaje, qué malaje el director. También en *El palomo cojo* salgo como soy, como era, con mi trabajo de manicura de toda las señoras bien del pueblo, durante casi sesenta años, desde que era un chavéita, ahora tengo setenta y ocho, pero también ahí al niño de Lucía Rodríguez le dio por llamarme Cigala. No me gusta, para qué voy a andarme con paños calientes.

Yo me llamo Palmera, y quiero que la calle se llame calle de Palmera, eso le he dicho a Marcelo Díez. Nada de Francisco Briones García, que es mi nombre de carné, hijo de Paco el Corralero y de Juana la Carreta, pero me llamo Palmera desde que tuve uso de razón, ya ni me acuerdo de quién me lo puso ni por qué, aunque me lo imagino, ya con cinco o seis añitos iría yo cimbreándome como un cocotero, y luego, cuando me metí a manicura, ese fue mi nombre profesional, Palmera, en realidad mi nombre artístico, porque lo mío con la manos y con las uñas es un arte, con su teatreo y todo, yo en mi vespita monísima y siempre como flamante, que ya me ocupaba de cambiarla por una nueva cada cuatro o cinco años, por dignidad profesional, y eso se aprecia mucho, no es lo mismo presentarse en casa de una señora encima de un cascajo que en una vespa o una lambreta impecable, aunque la lambreta siempre me ha gustado menos, una vez la probé y me sentía yo la mar de incómoda. Así llevo, ya digo, la intemerata, apreciadísima por todo el mundo, y sobre todo por las señoras, todo lo más fino de la ciudad lleva cincuenta años pasando por mis manos, y en los momentos más inolvidables, quiero decir en las bodas, en los bautizos, en las comuniones, a veces tenía que hacer encaje de bolillos, retrasarme media hora con una para poder meter de rondón a otra, y sin que se enfadase nadie, porque hoy por ti y mañana por mí, el caso es que siempre esperaban hasta el último minuto, Palmera, me decían, a veces me mandaban el recado con la criada, que la señora te necesita sin falta hoy porque mañana se le casa la niña, o que la señora

tiene una cena importantísima y necesita arreglarse las manos, o que me necesitaban de pronto todas las mujeres de la casa, la señora, la niña que se casa, las hermanas de la niña y la abuela de la niña, y yo voladísima pero sin dejar nunca a ninguna desaviada, que por eso he sido siempre queridísima y valoradísima, aunque la penca de La Perfumes dice que no me engañe, que si me aprecian es porque voy de casa en casa con los chismes de todo el pueblo, que soy una revista del corazón ambulante, aunque sin ordinarièces, yo más en el estilo *Hola*, con alguna picardía de vez en cuando, o con mucha picardía, vamos a decir las cosas como son, pero con estilo y con gracia, y eso también lo dice Eduardo Mendicutti en *Ultima conversación*, que todas las señoras estaban locas porque yo apareciese con mi cargamento de cotilleos, trabajito me costó leer la novela, ya digo, de lo rara que está escrita, pero iba subrayándolo todo, como si estuviese en la escuela, y así era mucho más fácil encontrar las cosas, enseñarlas, que me llevaba el libro por las casas y era una propina de entretenimiento para la clientela, y hacíamos comentarios sobre todo bicho viviente, porque la verdad es que en la novela salía todo Sanlúcar, y sólo me molestaba, ya digo, que me llamase Cigala y en la pechera de los nikis llevase bordaba una cigala, hay que ver, en lugar de llevar una palmera, que es lo que siempre he llevado.

Ahora lo que me toca es pensar en la calle que quiero. Por derecho. No te cortes ni un pelo, me ha dicho Marcelo Díez. Por lo visto, lo propio es que eso lo decidan ellos, los del Ayuntamiento, que te adjudiquen la calle, la plaza, la glorieta o el callejón sin que la interesada, en este caso un servidor, tenga ni voz ni voto. Pero según Marcelo todo se puede orientar, o sea, que se puede hacer un chanchullo, así que tengo que decirme por dos o tres, para que el Ayuntamiento tenga donde elegir, siempre que yo lo haga con un poquito de cabeza, claro, no voy a pedir que le pongan el nombre de Palmera a la calle Ancha, que es la principal del pueblo, ni a La Calzada, que es el paseo más bonito del mundo, ni al Marítimo, ni a la plaza Cabildo, aunque ahí ya no esté el Ayuntamiento y, por consiguiente, debería llamarse ya de otra manera, ni a la Avenida del Quinto Centenario.

Así, a bote pronto, se me ocurre la calle Silencio. Es una calle del Barrio Alto. Estrechita, cortita, recogidita, sin nada de bulla. Pero si se llama Silencio no es por eso, no es porque durante el día y la noche, incluso en verano, no se oiga una mosca, sino porque allí está la capilla del Cristo del Silencio, al que siempre le he tenido muchísima devoción, que procesiona, como dicen ahora los locutores de Telejerez, la madrugada del Viernes Santo, y yo siempre voy descalza detrás del paso, de la

salida a la recogida, empetaíta de devoción, y es impresionante, ese Cristo no lleva banda de música ni capataz gritón, y no admite saetas, todo el recorrido se hace en silencio absoluto, y la verdad es que me siento yo muy identificada con él, que la gente dirá que no paro de rajar de la mañana a la noche, y que así me he pasado todo mi vida, pero eso es sólo fachada, en mi interior siempre he estado de lo más calladita, siempre me he guardado para mí y para cuatro amigas mis mayores alegrías y mis mayores penas, y las camballadas de mi corazón, y a lo mejor ha llegado el momento de decirlo todo en voz bien alta, como hacen Marcelo Díez y el resto de las mariquitas y las bomberitas del colectivo.

Espero que esto no lo entienda nadie como un hacerle de menos a mi Cristo. Quiero decir, quitarle a la calle su nombre y ponerle el mío. En realidad, el suyo no se lo quitaría del todo. Pediría lo que pidió otro escritor muy importante, Caballero Bonald, que es de Jerez pero él siempre ha dicho que prefiere Sanlúcar, por lo visto hay mucha gente bien de Jerez que a Caballero Bonald le tiene ojeriza, por cosas que alguna vez escribió, me han dicho, y no sé si en Jerez tiene una calle, en Sanlúcar se la pusieron, un callejón en Bajoguía, donde está el Bigote, pero la placa de la calle dice *Calle del Escritor José Manuel Caballero Bonald, antes Arrumbadores*. Pues igual, la placa de mi calle pondría: *Calle de Palmera, antes Silencio*.

Antes, Silencio. Ahora me voy a dedicar a hablar por los codos, mira por dónde. A lo mejor hasta escribo un libro. Un libro contando mi verdad, con mi nombre auténtico, Palmera, y sin que otro cuente las cosas por mí, aunque ese otro sea alguien de tanta categoría como Eduardo Mendicutti en unas novelas tan preciosas como *Última conversación* y *El palomo cojo*. Mi historia la voy a contar yo, y tengo que pensarme el título, pero a lo mejor le pongo eso que yo digo cuando contesto al móvil: Palmera al habla.